

Domingo XXVII del Tiempo Ordinario (06-10-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridas autoridades, queridos hermanos de la directiva y miembros de la Hermandad del Señor de los Milagros, queridos hermanos y hermanas presentes de nuestro pueblo:

Hoy día nos hemos levantado con una noticia que se debe al Santo Padre y, por lo tanto, nos toca obedecer. Y eso significa ser fieles a lo que el Padre, que ha puesto el Señor como jefe de su Iglesia, debe ser siempre obedecido, aunque a veces la obediencia implique algunas exigencias. Estoy muy agradecido a él y también a ustedes porque el camino que estamos haciendo es un camino de fidelidad para que nuestra Iglesia se reforme y sea real testiga de Jesucristo, el Señor de los Milagros.

Por eso, hoy día, la única manera de expresar mi agradecimiento al Señor y al Santo Padre por este nombramiento, quizás sea mejor dejar hablar al Papa Francisco. La palabra “cardenal” viene de *cardine*, que significa bisagra; bisagra entre la pared y la puerta para que no se caiga y para que tenga un movimiento tranquilo, es una especie de intermediador.

Por eso, ahora, quisiera, por esa misma razón, que el comentario de los textos bíblicos de hoy aplicados a nuestra Patria, sea como sentir que la palabra que hoy día que el Santo Padre Francisco ha dicho en la Plaza de San Pedro va para nosotros, para nuestras familias, para la constitución viva de nuestro pueblo sobre las bases sólidas: y nos recuerde que estamos llamados a centrarnos en el Evangelio, en los principios del Evangelio.

Voy a leer, por eso, sus palabras para que las sintamos todos y podamos comprender la belleza de lo que significa formar una familia con varón y mujer como fuentes inagotables de esperanza para los niños. Le dejo la palabra al Santo Padre, y así cumplo con mi misión de cardenal desde primer día: ser bisagra del Papa para ustedes.

“Hoy, en el Evangelio de la liturgia, Jesús nos habla del amor conyugal. Como otras veces, algunos fariseos le hacen una pregunta provocadora sobre un tema controvertido: el repudio de la mujer por parte del marido. Quisieron arrastrarlo en una polémica, pero Él no lo permite, e más, aprovecha la ocasión para llamar la atención sobre un discurso más importante: el valor del amor entre el hombre y la mujer.

En la época de Jesús la condición de la mujer en el matrimonio estaba en gran desventaja respecto a la del hombre: el marido podía echar, repudiar a la mujer, incluso por motivos banales y esto se justificaba con interpretaciones legalistas de las Escrituras. Por eso, el Señor reconduce a sus interlocutores a las exigencias del amor. Les recuerda que el Creador quiso que mujer y hombre fueran iguales en la dignidad y complementarios en la diversidad, para poder ser el uno para el otro una ayuda, compañía, pero al mismo tiempo un estímulo y un desafío para crecer (cf. Gen 2,20-23).

Y para que eso suceda, subraya la necesidad de que su entrega recíproca sea plena, que involucre, que sea sin “medias tintas” – esto es el amor – que sea el inicio de una vida nueva (cf. Mc 10,7; Gen 2,24), destinada a durar no “hasta que no funcione”, sino para siempre, acogéndose de manera recíproca y

viviendo unidos como “una sola carne” (cf. Mc 10,8; Gen 2,24). Por supuesto, esto no es fácil, requiere fidelidad, también en las dificultades, requiere respeto, sinceridad, sencillez (cf. Mc 10,15). Requiere estar abiertos a la confrontación, a veces a la discusión, cuando sea necesario, pero siempre dispuestos para el perdón y para la reconciliación. Y recomiendo: marido y mujer, discutid todo lo que queráis, con la condición de que se hagan las paces antes de que acabe el día. ¿Sabéis por qué? Porque la guerra fría del día siguiente es peligrosa. “Y dígame, Padre, ¿cómo se hacen las paces?” – “Basta una caricia, así”, pero nunca acabéis el día sin hacer las paces.

No olvidemos, pues, que para los esposos es esencial estar abiertos al don de la vida, al don de los hijos, que son el fruto más hermoso del amor, la bendición más grande de Dios, fuente de alegría y de esperanza para cada hogar y para toda la sociedad. ¡Tened hijos! Ayer tuve un gran consuelo. Era el día de la Gendarmería y vino un gendarme con sus ocho hijos. Era hermosísimo verlo. Por favor, estad abiertos a la vida, a lo que Dios os mande. No olvidemos que para los esposos es esencial estar abiertos al don de la vida.

Queridas hermanas, queridos hermanos, el amor es exigente, sí, pero es hermoso y cuanto más nos dejamos implicar más descubrimos en él la verdadera felicidad. Y ahora que cada uno se pregunte en su corazón: ¿Cómo es mi amor? ¿Es fiel? ¿Es generoso? ¿Es creativo? ¿Cómo son nuestras familias? ¿Están abiertas a la vida, al don de los hijos?

Que la Virgen María ayude a los esposos cristianos. Nos dirigimos a Ella en unión espiritual con los fieles reunidos en el Santuario de Pompeya para la tradicional Súplica a Nuestra Señora del Santo Rosario”.

Con estas palabras, el Papa finaliza y nos recuerda que hay que ir al principio, al fundamento de las cosas; incluso cuando tenemos gravísimos problemas, siempre ir al principio y volver a la fuente. Y eso nos permitirá ir profundizando y volviendo a la realidad y a los orígenes, que son los principios con los que Dios nos creó y que son posibles de realizarse porque están en nuestra carne, en nuestro ser.

Que Dios bendiga a toda la nación, y que también la nación vuelva a los principios elementales del ser peruano: la solidaridad, la justicia y el amor. Y como decía bellamente el primer manifiesto que el Congreso de la República hizo, dirigido a todas las provincias del Perú: “que seamos una verdadera reunión de todas las provincias del Perú”, porque todos somos iguales.

Hermanos y hermanas, que este nuevo camino nos permita trabajar junto con Roma porque ahora resulta que ya soy ciudadano romano, a la vez que limeño. Que Dios los bendiga y nos acompañe siempre y que trabajemos juntos por el bien del país.

Amén